

Cambio social, antagonismo y contingencia

Coordenadas para pensar la 4T de AMLO

*Valeria Falletti**

*Edgar Miguel Juárez-Salazar***

*Rafael Delgado Deciga****

Resumen

En este artículo nos proponemos reflexionar sobre los proclamados cambios históricos, sociales y políticos, en torno a la cuarta transformación en México. Resulta limitado pensar que la enunciación de un gobernante sobre su importancia y necesidad es suficiente. Por esto nos interrogamos ¿qué entendemos por cambio social? ¿Cuáles son sus condiciones históricas y sociales? ¿Cómo nombrarlo? Revisamos algunas nociones de la sociología política como participación social, sociedad civil y capital social, y nos inclinamos a pensar en procesos dados “de lo social a la política”, conceptos que nos permitan entender las latencias y elementos subterráneos de las transformaciones en el tejido social y en la articulación del Estado. La enunciación e inclusión de “todos”, a partir de la idea “del pueblo mexicano”, nos llevó a pensar en las articulaciones entre lo universal y lo particular, en los antagonismos, en la contingencia y el conflicto de la política.

* Profesora-investigadora del Departamento de Educación y Comunicación, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [valeriafalletti@gmail.com].

** Profesor asociado de medio tiempo del Departamento de Educación y Comunicación, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, y profesor de asignatura en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Correo electrónico: [edgar.jusan@gmail.com].

*** Ayudante de medio tiempo en la maestría en Psicología social de grupos e instituciones, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [rdelgadodeciga@gmail.com].

Hemos construido esta perspectiva con los aportes de Mouffe, Laclau, Žižek, Rancière y otros autores, considerando sus puntos de contacto y distancias, para articular los modos de la política en la cuarta transformación de México.

Palabras clave: 4T, AMLO, antagonismo, contingencia, hegemonía.

Abstract

In this paper we propose to reflect on the proclaimed historical, social and political changes around the fourth transformation in Mexico. It is limited to think that a ruler's statement about the importance and necessity of change is sufficient. Therefore, we ask ourselves what do we mean by social change? What are its historical and social conditions? How to name it? We review some notions of political sociology such as: social participation, civil society and social capital, and we tend to think of processes that take place "from the social to the political", concepts that allow us to understand the latencies and subterranean elements of the change in the social fabric and in the articulation of the State. The enunciation and inclusion of "everyone" from the idea "of the Mexican people" led us to think about the articulations between the universal and the particular, antagonisms, contingency and political conflict. We have built this perspective with the contributions of Mouffe, Laclau, Žižek, Rancière and others, considering their contact points and distances to articulate the modes of politics in the fourth transformation of Mexico.

Keywords: 4T, AMLO, antagonism, contingency, hegemony.

*No sabemos ser originales ni siquiera para equivocarnos.
Un error original acaso valga más que una verdad insignificante*
F. Dostoyevski, *Crimen y castigo*

Introducción

El 1º de diciembre de 2018, Andrés Manuel López Obrador (en adelante AMLO), al frente del Movimiento Regeneración Nacional (Morena), asume la presidencia de la nación mexicana. El nuevo presidente, quien compitió por tercera ocasión para dirigir al país, realizó durante su campaña electoral un discurso con base en la esperanza y la transformación del entramado social y político, enarbola-dos en torno a la llamada cuarta transformación de México (4T). Es preciso considerar que este movimiento, y la última candidatura de AMLO, nacen en un momento de particular coyuntura política, desde la victoria electoral de 2012 por Enrique Peña, la cual representó una suerte de *regresión simbólica* que significó el retorno del Partido Revolucionario Institucional (PRI) al gobierno de México. La victoria de AMLO personificó una transformación de orden estrictamente político y también en el plano de la disputa discursivo-simbólica de su candidatura.

La ruptura en el plano de la política queda considerada, siguiendo esta línea, desde algunos quiebres, cuyos esbozos comienzan al interior del Partido de la Revolución Democrática (PRD), en el cual AMLO militaba y con el que disputó la silla presidencial en dos ocasiones, la primera de ellas en 2006, cuando perdió en una de las elecciones más fraudulentas en México; caso similar a la postulación y derrota de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, que dio origen al PRD.¹ Resulta paradójico, en este sentido, cómo los fraudes y las derrotas en la izquierda nacional reestructuran nuevas formas de hacer la política. Asimismo, como lo señaló Pablo González Casanova (1975:185), “la realidad política no es el resultado de la secuencia lógica del pensamiento, y las luchas se libran frecuentemente contra los propios supuestos” y, por consiguiente, la izquierda y sus formas de cohesión y cooptación han devenido, en ocasiones, como movimientos un tanto fuera de lógica, cuando menos en un momento organizacional previo, de lo que resultó Morena como nuevo partido político.

¹ Para ampliar más al respecto, véase Bolívar Meza (2013) y Juárez Gámiz (2013).

López Obrador llama a su mandato presidencial, más allá de un eslogan, la cuarta transformación de México. Esta condición implica un cambio de régimen democrático y legítimo, auspiciado en los héroes de la historia nacional que han encabezado movimientos claves en la construcción de la historia de México. “Tal como Juárez en la Reforma, Madero en la Revolución y Miguel Hidalgo en la Independencia, a eso se refiere AMLO con una Cuarta Transformación, con el movimiento con el que hará historia” (Valentini, 2018).

Entre los cambios promulgados, la 4T pretende desestabilizar a la élite política con la idea de que quienes gobiernan cuentan con una serie de privilegios económicos y de servicios, a tal punto de compararlos con “reyes”, “reyes de la política”, o bien, para hacer referencia a los excesos de los políticos les denominan “la parafernalia del poder” (Nassif, 2019). Además, estos privilegios van de la mano con la corrupción y la impunidad, por lo cual AMLO se refiere a dicha clase política como “la mafia del poder”. Así, en la actual gestión se promulga el valor de la austeridad del funcionario público y de las instituciones públicas, con sus presupuestos de erogación. De esta manera, tanto los altos salarios asignados, como los cuantiosos presupuestos otorgados, están bajo la mira y escrutinio puntual del gobierno, al igual que aquellas instituciones públicas que, según el presidente, se vuelven ociosas y poco productivas.

Ahora bien, en el contexto de las ideas difundidas sobre la clase política, la austeridad y la transformación, las cuales pretende impulsar y desarrollar el gobierno de la 4T, nos preguntamos: ¿Qué se entiende por transformación social? En caso de ser posible otorgar una direccionalidad a los cambios, nos preguntamos ulteriormente ¿los cambios vienen desde arriba o desde abajo?,² es decir, ¿desde quienes

² Una referencia posible para comprender qué entendemos por “desde abajo” es el libro coordinado por Maristella Svampa: *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Este libro plantea que se quiere estudiar un conjunto de nuevos fenómenos y situaciones que caracterizan a los actores sociales pertenecientes al mundo urbano y heterogéneo de las clases medias y los sectores populares. Se pretenden explicar estas nuevas realidades “desde abajo”, a partir de una lectura centrada en el análisis de las experiencias de los actores (Svampa, 2003). El libro está conformado por una serie de artículos que trabajan las

gobiernan o bien desde los habitantes y los ciudadanos? ¿Cuáles son las condiciones para generar un cambio social? ¿Es suficiente contar con la voluntad política del gobernante para llevar adelante un cambio social y político?

En el presente artículo intentaremos descifrar cada uno de estos interrogantes que, desde nuestra perspectiva, son claves para pensar el cambio social y las transformaciones. Asimismo, en un segundo y tercer apartado, buscaremos dar cuenta de nociones relevantes para pensar la relación entre lo universal y lo particular, para ahondar en los aportes, explicando su articulación en el plano de lo político, mediante las condiciones de la hegemonía, el antagonismo y la contingencia.

Vale la pena mencionar esta problemática sobre las nuevas relaciones democráticas de la izquierda y sus avatares que, profundamente contemporánea, ha sido pensada desde la teoría política al estudiar las transformaciones en la democracia y en sus instituciones políticas (Panniza, 2005; Lechner, 1987) desde la sociología, con especial interés para pensar la participación ciudadana, movimientos económicos y organizaciones-movilizaciones sociales y políticas en la modernidad (Germani, 1970). La temática del cambio social también está presente en la psicología social con el análisis institucional, la identificación de analizadores (históricos, naturales y construidos), la intervención psicosocial, el trabajo en grupos, la construcción de identidades políticas, etcétera. De igual modo, hemos abordado estos asuntos en otros artículos.³

características culturales y sociales de los diferentes sectores de la sociedad, se describe la situación de “caída social” de las clases medias con el sufrimiento que conlleva, y estas transformaciones significativas dan cuenta de la urgente redefinición de la noción de identidad social y de la eclosión de esta categoría.

³ Por mencionar algunos de los trabajos que se han escrito al respecto: Manero, Falleti y García Masip (2013, 2014), Falleti (2015) y Delgado y Falleti (2018).

El cambio social y el conflicto como elementos claves en la construcción política de AMLO

Para comenzar el siguiente apartado, partimos de la propuesta de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau, quienes sostienen que la política es posible siempre y cuando exista conflicto. De este modo, discuten con la mirada habermasiana, la cual propone a la política como una conformación a través de los consensos de los actores. Dichos autores realizan una diferencia entre el enemigo y el adversario, siendo el adversario con quien es posible disputar, negociar o confrontar en el mismo sistema político. Desde esta concepción, se piensan los cambios en el entramado político e institucional de la democracia y sus instituciones y no por “fuera” de la misma (Mouffe, 2014). La autora plantea: “discrepo con el rechazo total de la democracia representativa por parte de aquellos que, en lugar de buscar una transformación del Estado con la lucha hegemónica agonista, proponen un abandono de las instituciones políticas” (2014:17). En este libro observa en las prácticas artísticas la potencialidad necesaria para la transformación de las instituciones y no su deserción. Se basa en las experiencias de hace algunos años como fue la Primavera Árabe, el movimiento *Ocuppy*, la construcción política de Podemos en España, entre otras. En relación con esto, Mouffe expresa: “Estoy convencida de que las prácticas artísticas y culturales pueden ofrecer espacios de resistencia que socaven el imaginario social necesario para la reproducción capitalista. Pero creo que para aprehender su potencial político, deberíamos concebir las formas de resistencia artística como intervenciones agonistas dentro del contexto de las luchas contrahegemónicas” (2014:95).

Por su parte, Laclau a lo largo de su obra propone y utiliza la noción de significante vacío que tiene un papel clave en la articulación de las diferentes demandas sociales, las cuales se encontraban aisladas y no conectadas entre sí antes de su aparición. Cuando sucede la articulación es el momento de la hegemonía política, pues el vacío es precisamente lo que le otorga al significante cierta condición de *vaciado* del significado para reorganizar nuevas posiciones discursivas,

que por lo general se oponen a los establecimientos de la distribución política. En ese sentido, las figuras populistas en ciertos momentos históricos han tenido esta fuerza y potencia para la articulación de las distintas demandas en una sociedad.⁴ Aunque también es posible identificar la potencia en una frase, como en su momento fue “*que se vayan todos...*”, que surge en la crisis argentina de 2001.

Para pensar la problemática del cambio social, muchos han escrito desde los aportes de la sociedad civil y la participación ciudadana (Cohen y Arato, 2000; Olvera, 1996; Rendón Corona, 2004). En el marco de las políticas públicas, el gran desafío es promover la participación social para permitir a los ciudadanos formar parte del proceso de toma de decisiones y de los cambios que se quieren impulsar desde ciertas políticas. Dentro de estos modelos de participación, la cita común, sobre todo en la década de 2000, era el caso de presupuesto participativo en Porto Alegre (Brasil), como ejemplo exitoso para involucrar e incluir a los ciudadanos en las decisiones presupuestarias. En este sentido, los habitantes de esta ciudad podían identificar los temas prioritarios en su barrio o colonia y destinar presupuesto para estos asuntos.

Asimismo, distintas teorías de los movimientos sociales y su proceso de institucionalización atienden a la cuestión del cambio social. La noción de “estado naciente”, de Francesco Alberoni (1984), alude a esto, al igual que la descripción de los procesos de institucionalización explicados en el libro *Movimiento e institución*. Ahí se hace referencia a un “estado naciente” como la fuerza creativa de los movimientos sociales (aunque también de la pareja, el grupo o la comunidad), lo cual instaaura un nuevo orden. Se cuestionan a las instituciones existentes—lo que implica una reestructuración del poder y del conflicto— y recompone un lazo social basado en la solidaridad y la reciprocidad. Los sujetos en este estado social son movidos a una revisión de los valores y creencias, tal y como los estaban entendiendo hasta ese momento, es decir, promueve un proceso reflexivo.

⁴ Para ampliar más al respecto, véase Dussel (2007), quien aporta una distinción clave en los momentos históricos del populismo en el mundo y su auge en el siglo xx.

Asimismo, este autor plantea el siguiente dilema: la posibilidad de institucionalizar al estado naciente es su forma de perdurar y conservar lo promovido, aunque también es su traición, pues al quedar sedimentando en una forma de institución u organización va perdiendo su fuerza creadora e innovadora. A este punto podríamos añadir que la capacidad estatal para institucionalizar podría depender de una suerte de continuidad *racionalizada*, que permea a todas las instituciones estatales. En este sentido ¿cómo pensar este proceso reflexivo cuando se da desde la figura presidencial? ¿Es posible hablar de autonomía o sólo de un presidencialismo recalcitrante? ¿Cuál es la oportunidad de los colectivos para poder indagar y construir sus propios valores? De igual modo, otro asunto a desarrollar es cómo nominaremos dichos cambios,⁵ como el incremento de: ¿la participación ciudadana?, ¿la sociedad civil?, ¿el capital social?

Consideramos a estas nociones como insuficientes; en cambio, proponemos pensar en los procesos que van *desde lo social hacia la política* (Bobes, 2000).⁶ Es decir, atender a aquellos procesos sociales latentes, más o menos presentes, con efectos en la esfera pública y política que no necesariamente son inmediatos, sino el resultado de la expresión de ciertas trayectorias e historias que se van gestando subjetiva y colectivamente. En este sentido, nos parece interesante la noción de subpolítica definida como “la estructuración de la sociedad desde abajo” (Maffesoli, 2004), así como también las ideas de

⁵ En ocasión de pensar sobre las asambleas barriales ocurridas en 2001 en un momento de crisis en Argentina, hemos reflexionado sobre esta cuestión (Falleti, 2012:37). Se había concluido que estas categorías quedaban limitadas para pensar en procesos que fueran de lo social a la política. La noción de capital social difundida en su momento por organismos internacionales quedaba sujeta a la medición (a través del estudio de variables y dimensiones) e institucionalización (con la identificación de organizaciones asociativas (organizaciones civiles y ONG). Por su parte, el problema que le encontrábamos a la participación ciudadana es que nos ubicaríamos “dentro” del escenario político, sin dar cuenta sobre cómo aparecen los actores sociales. Asimismo, la noción de sociedad civil tiene un sesgo normativo implícito en nociones como inciviles y desobediencia civil (Cohen y Arato, 2000; Olvera, 1996). En este sentido, decidimos considerar nociones que nos permitieran pensar el proceso de lo social a la política, como la subpolítica (Maffesoli, 2004) y el Estado naciente de Alberoni (1984).

⁶ Las cursivas son nuestras.

potencia de la socialidad y la centralidad subterránea, ya que permiten indagar lógicas sociales latentes constituyéndose en los intersticios de los canales formales e institucionalizados de la política.

Cabe señalar que AMLO, por el contrario, siempre hace referencia de modo ambiguo a la figura del “pueblo”; este aspecto nos arrima a una discusión de mayor complejidad. Entonces, ¿qué significa el pueblo? ¿Quiénes conforman al pueblo mexicano? ¿Es posible hablar del pueblo en singular? Al respecto, Judith Butler plantea lo siguiente:

Es cierto que toda versión “del pueblo” que excluya a algunos de sus miembros no es incluyente y por lo tanto, no es representativa; pero también es verdad que toda definición de lo que “es pueblo” implica un acto de demarcación respecto al colectivo elegido, generalmente sobre la base de la nacionalidad o del Estado-nación y que ese marcaje se convierte al instante en un límite disputado. Dicho de otro modo: no hay posibilidad de constituir “el pueblo” sin una frontera discursiva trazada en algún sitio (Butler, 2017:12-13).

A partir del planteo de Butler adquiere sentido pensar en las dicotomías señaladas por AMLO sobre los denominados *fifis* y quienes tienen mayor adherencia con el pueblo, quienes apoyan la 4T y quienes no, quienes no están dispuestos a ceder sus privilegios y el “lujo barato”, y quienes viven con cierta dignidad con base en valores solidarios; y se enuncian como opuestos que no se tocan ni se combinan. Es preciso, necesariamente, recurrir y adentrarnos en algunos pasajes concretos que nos permitan elucidar la inserción del término *fifi* y matizar, con esto, su potencial de significante flotante y de su nodo de articulación política.

En una de sus conferencias matutinas, el presidente López Obrador responde a la pregunta del periodista Pedro Ferriz del medio estadounidense Estrella TV, lo siguiente:

Yo no inventé lo de fifí, se usó para caracterizar a quienes se opusieron al presidente Madero. Los fifís fueron los que quemaron la casa de los Madero, los fifís fueron los que hicieron una celebración en las calles

cuando asesinaron atrocemente a Gustavo Madero, cuando los militares lo sacrificaron que es una de las cosas más horrendas que ha pasado en la historia de nuestro país, salieron los *fifís* a las calles a celebrarlo y había toda una prensa que apoyaba esas posturas, entonces qué son al final los *fifís*, pues son fantoches, conservadores, sabelotodo, hipócritas, doble cara. [...] Si es prensa *fifi* y si es conservadora y si hace cuestionamientos sin ton ni son, tiene derecho, es garantizar el derecho a disentir. Pero, yo también tengo el derecho de expresarme, de manifestarme, y que no se entienda que es una cuestión de odios y rencores, es decir: fuera máscaras. No aparentes ser liberal, independiente, libre, cuando eres un conservador que estás defendiendo a grupos de intereses creados y que estás al servicio de los que no quieren que en el país haya un cambio, que fuiste siempre aplaudidor, que quemaste incienso a los que se dedicaban a saquear a México (Conferencia matutina, 2019).

Las palabras de AMLO son concisas y muestran el potencial de un significante que permite aglutinar diversos modos de encadenamiento. El término *fifi* puede leerse de diversos modos que demuestran, precisamente, que no se trata de un significante más, sino de una reelaboración de la misma potencia de un significante utilizado y conocido. Para López Obrador, el *fifi* es, desde luego, una oposición, pero esta primera modalidad es de manera probable la menos relevante, pues en el plano político la oposición es un elemento orgánico. Proponemos pensar además otros dos modos: histórico y estructural e ideológico. Estas dos modalidades no son mutuamente excluyentes, podría decirse que la segunda sostiene a la primera y, en ese sentido, AMLO utiliza un campo estructural, es decir, discursivo, contingente, indeterminado y fundamentalmente ideológico, para poder desplegar la potencia de la condición histórica que hizo emerger a principios del siglo xx el significante *fifi*.

Este significante es producto de un antagonismo histórico en México y en particular en el periodo maderista. No se trata de un uso al azar, sino de uno astuto y oportuno del término, pues contrapone, en su crítica a la prensa, todo aquello que en el *ground* discursivo puede permitirse como una posición que, aunque ideológicamente

determinada, no termina por cerrar la significación. Denostar las características de los *fifis* no lo hace productor de odio, sino alguien que utiliza el significante y su potencia como podría hacerlo cualquier otro líder político. AMLO recupera cierta parte de la historia política de México para evidenciar la potencia articuladora de un significante. En otras palabras, no se contenta con el llamado conservador a la neutralidad política, y eso hace precisamente del significante *fifi* un elemento volátil y contingente, y no sólo un significante más donde se aglutina todo aquello que es opuesto a la política obradorista.

Como señalan Blanco y Sánchez (2018:39), desde una perspectiva cercana a Laclau y Mouffe,

los procesos de producción de nuevos significantes nodales (y nuevas identidades sociopolíticas) no pueden entenderse en términos de simples operaciones retóricas de nominación, sino que es necesario referir a su íntimo anudamiento con las dinámicas del deseo y el goce.

En otras palabras, el recurso del significante en cuestión nos permite elaborar una propuesta de uso discursivo y articulador nodal, fundamental en la propuesta política de López Obrador desde las reapropiaciones de los conceptos para articular nuevas posibilidades políticas, consecuentes con el deseo y el goce como factores políticos (Lacan, 1993; Žižek, 1998), como revisaremos más adelante.

En este sentido, recordemos que varios escritos, como el de Bolívar Meza (2014), así como los medios de comunicación, destacan el papel de liderazgo de AMLO en el Movimiento Regeneración Nacional (Morena) y también en el modo de tomar decisiones en la actual gestión de gobierno. “Morena se encuentra a merced del liderazgo personalizado de López Obrador pues prevalece su postura” (Bolívar Meza, 2014). Debido a esto, por momentos nos es difícil poder identificar el cambio de modo amplio y anclado desde la sociedad que participa. Esta sensación se instala aún más cuando se atiende a la estrategia discursiva del gobierno, a partir de la cual AMLO anuncia en las conferencias matutinas llamadas “mañaneras” las acciones gubernamentales, las prioridades de la agenda y opiniones. Todas las

expresiones enunciadas en este espacio de comunicación tienen una alta carga valorativa de lo “bueno” y lo “malo” para el pueblo mexicano y su transformación.

Asimismo, cuando se alude a la conformación de Morena como partido político, sería oportuno recordar su paso de ser movimiento social a convertirse en partido político, pues se hace referencia a la obtención del registro en 2014, es decir, para pensar en estos cambios, nos ubicamos en la escena pública y política y, de este modo, se remite a una política procedimental.

Sin embargo, a pesar de los liderazgos, la carga moral y lo procedimental, en las elecciones presidenciales de 2018 la expresión del pueblo en las urnas se inclinó rotundamente hacia uno de los candidatos, por lo que este discurso lopezobradorista resonó de manera significativa en los ciudadanos. Aunque no podremos saber a ciencia cierta si lo que sedimentó en la elección fue el hartazgo por los gobiernos anteriores (si fue un voto con base al rechazo de lo anterior) o fue elegido por la proyección de un cambio y esperanza, o se trata de una combinación de ambas razones.

Estamos frente a una oportunidad política e histórica de pensar en un proyecto de nación renovado, con un recambio en los modos de ejercicio del poder y de la clase política en México, con un mayor involucramiento de los diferentes actores sociales, ya sea para apoyar, criticar, denostar o esperar. Lo cierto es que no nos es fácil desprendernos de la escena pública y política, mirando de cerca las acciones y decisiones puestas en juego con miras a la construcción de un proclamado proyecto de nación renovado; con el tiempo estaremos en condiciones de evaluar y analizar los alcances del cambio, sus costos y beneficios.

La conformación del sujeto político. Antagonismo, negatividad y contingencia

Después de realizar un mapeo sobre la condición del conflicto y las posibilidades del cambio social en la política, consideramos relevan-

te retomar la condición del sujeto en estas relaciones desde la estructura que permite la articulación del sujeto en el *ground* político. En este sentido, la categoría sujeto político puede representar, quizás, el primer obstáculo por el cual podríamos flanquear un abordaje de lo político. Y si resulta una primera dificultad es en su conformación en donde el significante vacío ha sido llenado constantemente por diferentes posiciones teóricas y, de modo casi paralelo, políticas. El asunto se torna aún más complejo cuando esa categoría reconoce su implicación positiva bajo los regímenes administrativos de la vida política. Por lo tanto, consideramos al sujeto político como una categoría en disputa donde se establecen combinatorias de articulación, las cuales permiten discernir posiciones de sujeto más que de subjetividades.

Estas posiciones de sujeto, es decir, un sujeto más allá de la individualidad corpórea o de la condición de producción de subjetividad, se encuentran establecidas por un *algo en común* que les permite hacerse, hilvanarse y desarrollarse en el plano político. Este plano es el ámbito de lo contingente en el pensamiento político más clásico, pues hace alusión a la polaridad autónoma por la que la política, entendida como administración de las subjetividades y sus cuerpos, se establece en los límites de las instituciones formales y sus prácticas. Sin embargo, para comenzar a dilucidar la sustancia problemática de aquello que deviene contingente en tanto las posiciones de sujeto, pretendemos centrarnos en dos elementos claves. El primero, conocido en sumo grado y con tintes hondamente administrativos, es la propuesta del filósofo político Carl Schmitt, engarzada con un *clin d'oeil* a Foucault y, por el otro, la perspectiva hegeliana retomada por la llamada Escuela Eslovena y los debates e intercambios en el pensamiento de Chantal Mouffe, Judith Butler y Ernesto Laclau.

Por principio, proponemos con Carl Schmitt (1991:59) un acercamiento desde su concepto político de la dualidad antagonica entre “amigo y enemigo” como núcleo fundante de la política, deteniéndonos un momento cuando el pensador alemán sugiere que “lo político tiene que hallarse en una serie de distinciones propias y últimas a las cuales pueda reducirse todo cuanto sea acción política

en un sentido específico”. En efecto, la acción política es elemento coyuntural de lo político y no la administración pública y, desde este punto, encontramos un *impasse* singular, pues se precisa definir necesariamente hacia dónde gira la esfera de la política más allá de la positividad orgánica. Es allí donde Schmitt sitúa “la distinción política específica” que implica una suerte de “reconducción” de “todas las acciones y motivos políticos”. Así, toda distinción de la política recae en el amigo y el enemigo político, en torno a los motivos y acciones que llevan a los sujetos a movilizarse. En otras palabras, en el punto de convergencia del antagonismo entre amigo y enemigo se traza una distinción entre la política institucional y lo político como actividad autónoma.

Pero Schmitt va más allá y recupera algo fundamental para pensar la diferencia entre la política y lo político. Para él, la distinción entre oposiciones es el “grado máximo de intensidad de una unión y una separación”. Esto equivale a señalar que en esta distinción la “intensidad”, como factor aleatorio y contingente, define la condición práctica del sujeto político, es decir, aunque parezca simple, los agentes de la política y lo político tienen que confrontarse en un momento *intenso*, por el cual es posible dirigir, establecer, perpetuar, influir, transformar y radicalizar en un momento clave, en un *kairós* político que deviene en una articulación contingente a la política.⁷

Si la conocida frase de Carl von Clausewitz, en la inversión hecha por Foucault (2001:53), “la política es la continuación de la guerra por otros medios”, resulta efectiva, consideramos necesario precisar que en el punto de quiebre y rearticulación de la política, la intensidad es administrada y tiende a finalidades muy diversas y fundamentalmente antagónicas. Foucault y Schmitt saben, sin lugar a dudas, cómo la guerra es un elemento clave para pensar a las poblaciones y al Estado. En Schmitt (1991:67) será la guerra un elemento que “revela la posibilidad de la distinción amigo-enemigo” y en Foucault (2001:56) se muestra, además, la ausencia de un “sujeto neutro”,

⁷ El término *kairós* proviene del griego *καιρός*, que puede ser pensado como un momento adecuado o un momento oportuno.

pues “siempre se es, forzosamente, el adversario de alguien”. De este modo, si pretendemos leer el papel o mejor dicho el lugar tomado por el sujeto político, debemos aludir a la condición de una posición, lugar indecible por el mismo efecto de la contingencia y de las articulaciones políticas.

A causa de las cuestiones desarrolladas, el antagonismo es un elemento fundante con una temporalidad singular y no se ciñe únicamente al conflicto en sentido estricto. Es posible incluso que mucho de lo abordado desde la condición política positiva no pueda escaparse de esta condición del antagonismo; si esto sucede quizás sea por la existencia de elementos antagónicos dentro de todo aquello producido institucionalmente, en palabras laxas, las formas estatales e institucionales también saben *leer*, a su modo, la contingencia y el antagonismo. Este último elemento, trascendental y efectivo, se traza en ocasiones a partir de una moralidad que desencadena, por supuesto, una división orgánica desde la producción de los malos, para luego causar a los buenos, como señalaba agudamente Nietzsche (1972) en su *Genealogía de la moral*. El antagonismo habita en la “gran dicotomía” entre lo público y lo privado, entre otras oposiciones para comprender las formas políticas de Estado, como muestra Norberto Bobbio (1989:11), lo que hace imprescindible pensar la política sin establecer los opuestos.

Retomando brevemente la condición del bien, consagrada por Nietzsche a la fundación de la religión católica, el autor italiano Roberto Esposito (2012:44) localiza en Schmitt un “vector decisivo”, resultado del “nexo entre bien y poder” que tiene su “co-presencia” en el “Estado contemporáneo” entre elementos “complementarios”, como lo son “técnica o ideología, nihilismo o utopía y despolitización y mito”. La política, nos dice Esposito (2012:46), con su “alma irreductiblemente en discordia parece destinada a permanecer excluida de la escena representada”. La cuestión relevante retomada por Esposito entre el nexo de lo dicotómico y lo representacional de la política, no puede remitirse sólo a la condición de la representación, pues existe, como planteamos, un núcleo indecible, el cual no puede ser sujetado, sino que se va anudando y desanudando con-

tinuamente. Si la política tiene como sustancia el intercambio entre antagonismos, entonces el sujeto político, en constante encrucijada, puede situarse en dos polaridades o incluso en más. Esta multiplicidad adquiere sentido si atendemos a los postulados políticos más recientes de la *escuela posfundacional*.

Al respecto, Oliver Marchart (2009:96) reconoce la política posfundacional desde la diferencia fundacional entre “lo político y la política”, encontrando en esta distinción “el fundamento ausente” de “la sociedad y la comunidad”. Con el planteo de Marchart, habría una diferencia ontológica mostrada como una brecha no tangible pero sí operante en el espectro de las prácticas políticas. Siguiendo a Jean-Luc Nancy, Marchart señala que es en lo comunitario en donde encontramos, en su centro, un elemento que “se pone en juego” y es precisamente donde podemos ubicar lo político. Desde nuestra perspectiva, aquello puesto en juego en la contradicción entre los modos de existencia política es una *intensidad* no concreta, pero operativa de las relaciones entre sujetos. Dar lugar a la contradicción antagonica es un modo de rescatar la condición de lo negativo como elemento o núcleo central de lo político, pues permite habitar desde la articulación de aquello que hace vida política en común.

En este sentido, el pensamiento de Hegel es probablemente el primero en señalar la necesidad de lo negativo y la condición de *superación* de esa negatividad, para dar lugar a un nuevo elemento fundante. La totalidad de lo social debe de manera necesaria ser revisitada desde la condición negativa, ya que en la oposición resurgen nuevos elementos en los modos de organización y administración positiva de la política.

En su *Filosofía del derecho*, Hegel (1968:172) precisa que existe un paso fundamental entre las condiciones del “individuo” y su organización política que tiende a la “universalidad”. Es en esa universalidad donde reside la condición positiva de la administración de las relaciones políticas de los sujetos. En palabras de Julieta Marcone (2002:103), “la universalidad en que se concreta ‘lo político’, el Estado, es el resultado de un proceso necesariamente conflictivo que parte del reconocimiento de la particularidad, o mejor aún, de las

particularidades que confluyen en la sociedad civil”. En otras palabras, el paso de lo particular a lo universal, en las formas de la política, se ciñe a la necesidad de una condición negativa que resiste desde la inmanencia a la condición positiva de administración universal localizada en el Estado.

Es preciso señalar, siguiendo de nuevo a Marcone (2002:101), que para el pensamiento de Hegel no hay “supresión del conflicto”, sino un momento de “superación (*Aufhebung*) que supone la negación” y, de igual modo, “la conservación (bajo otra forma)”. Esta condición dialéctica prioriza en sí el conflicto, pero muestra que su supresión es imposible, pues hay un modo de *conservación*, es decir, algo queda como resto negativo en los modos del actuar político. En resumen, la insistencia de lo negativo en las formas positivas de la política nos permite entender que las dinámicas de organización del Estado siempre constituirán una especie de clinamen universal, el cual reorganiza las condiciones sociales y el actuar de los sujetos en el sistema de la política. Sin embargo, aquello que es *reconciliado* para el pensamiento hegeliano, puede leerse también como el *resto*, como núcleo que se conserva y reorganiza nuevamente los mecanismos políticos. Ese resto, desde nuestra perspectiva, está en lo indecible y dentro de los límites estructurales del deseo y el goce del sujeto, inclusive puede pensarse como aquello que escapa a la dicotomía negativo-positivo, una ausencia operante que se asemeja a lo que Badiou (2002:207), con una fuerte influencia lacaniana, nombra como *lo real de la política*.⁸

De igual forma, la condición negativa de lo político es siempre una insistencia dentro de los movimientos sociales, de los sujetos políticos y de su actuar en el plano organizacional y estatal. El uso de esa negatividad pone en constante fractura los mecanismos institucionales, por los cuales la universalidad del Estado es establecida y permite mostrar los quiebres mediante el resto *no organizable*

⁸ Es importante señalar que Badiou hace una inversión de lo político y la política, otorgándole a ésta una condición menos *positivizada*, centrada en su potencia como imposible para señalar precisamente aquello que es posible hacer desde un modo subjetivo.

que desordena las coordenadas de cualquier forma de Estado. En este sentido, la llamada Escuela Eslovena ha *retornado a Hegel* para dar cuenta de los alcances potenciales de lo negativo. Mladen Dolar (2017:77) señala: “si Hegel tiene algo de desconcertante y asombroso, es su impresionante esfuerzo por continuar considerando la *hiancia* no como una falla o un mal funcionamiento, sino como un principio habilitador, la productibilidad de lo negativo”.

Esa insistencia hegeliana por lo negativo es lo que hace persistir en nuestra idea de lo *real irreductible*, del resto operativo producido con su pérdida y ausencia. Cualquier lector familiarizado con los postulados de Jacques Lacan sabrá, en este momento, que estamos acercándonos a la definición del *objeto causa de deseo*, pues puede ser leído desde el polo negativo como pérdida, pero también como positividad organizada dentro de un sistema, desde las coordenadas del deseo y del goce, que son puntos donde el acontecimiento político puede ser ceñido estructuralmente. Es decir, no hay sistema político que no establezca núcleos gozantes dependientes del deseo en la plataforma del sistema simbólico de la cultura. El deseo, como negativo, es propulsor de radicalidad política y provoca un excedente de goce desde el pensamiento del psicoanalista Jacques Lacan, a quien recurren como estratagema los pensadores eslovenos.

De regreso a la apología de Hegel realizada por Dolar, debemos considerar ese *principio habilitador* como lo que permite a las movilizaciones sociales cierta operatividad dentro del universalismo de Estado. Son las características negativas que se oponen necesariamente a la disposición jurídica, las que establecen los modos aleatorios y contingentes del accionar en la política. En palabras simples, sin la contingencia negativa de lo político no hay forma de hacer política positiva.

Es en la oposición, en el juego de opuestos, donde encontramos un lugar dentro de la estructura que determina nuestra existencia en el plano del sujeto político. En palabras de Slavoj Žižek, “la contradicción también es la contradicción entre la posición de la enunciación y el contenido enunciado” (2016:219), en cuyas aristas los significantes tienden a focalizarse en un *punto de acolchado* que les

otorga soporte y capacidad identitaria “abierta y sobredeterminada” (Žižek, 1992:125). Como señalábamos en el comienzo de este apartado, las posiciones de sujeto se establecen mediante significantes que son *articulados y contingentes*, mediante los cuales observamos transformaciones en las prácticas políticas de la política. Es, desde luego, mediante la posición dentro de una estructura donde el sujeto padece⁹ *en carne viva* los modos rectores de los mecanismos políticos. Esto, en paralelo, nos llevaría también a pensar en aquello que posibilita la economía política desde la característica central de la plusvalía como elemento negativo y positivo a la vez.¹⁰

Pero existe algo más agudo y contundente en la condición positivo-negativa dentro las relaciones políticas. Žižek (2016:19-20) señala lo relevante de la conversión de lo negativo en positivo en las prácticas estatales, a partir del modo por el cual la fuerza de la negatividad de los sujetos, su “terror revolucionario”, opera siendo administrada mediante su positivización por el Estado. Ésta es la única forma de que el Estado devenga como totalidad, pues esto le da una sustancia antagonica. En palabras textuales del esloveno, “una totalidad social no reside solamente ni principalmente en la articulación orgánica de la sociedad; la principal forma de lo que diferencia a una sociedad desde y dentro de sí misma es un *antagonismo* social no orgánico (la ‘lucha de clases’), y la articulación orgánica es un intento de domesticar este antagonismo”. En este sentido, el Estado sólo puede devenir totalidad si intenta domesticar de una u otra forma el antagonismo orgánico que da forma a lo social.

Es pertinente preguntarnos si la política de AMLO se ciñe al *uso* del antagonismo para sostener una articulación revulsiva válida. Se trataría, cuando menos en un primer momento, de la recuperación sociohistórica de la vieja fórmula nacional del clasismo reordenada

⁹ Utilizamos el verbo *padeecer*, aunque consideramos que se trataría de *vivirse* en el *malestar* como un elemento de oposición a la naturaleza en el paso de ésta a la cultura, como fue señalado por Sigmund Freud (1992) en su célebre *Malestar en la cultura*.

¹⁰ Jacques Lacan (2008) va a encontrar una condición homóloga entre el *plus* de goce y la plusvalía marxiana a partir de la inserción de este *pequeño objeto* en el sistema simbólico-económico de la cultura y los usos que se hacen de ese objeto por los diversos actores.

y relanzada desde otra mirada que toca coordenadas de lo real de la negatividad en lo universal.

En otro momento, y produciendo un hipertrófico *beyond Hegel*, Žižek (2011:114) retoma a Ernesto Laclau cuando el autor argentino señala que “lo universal es vacío, pero precisamente como tal desde siempre está lleno, es decir, hegemonizado por algún contenido particular, contingente, que actúa como su sustituto”. En este sentido, el universal identificado como el Estado en Hegel es para la perspectiva de Laclau y de Žižek, el núcleo ausente, el cual necesita ser llenado por un significante dentro del entramado simbólico e ideológico. Sin embargo, como esta ausencia no es susceptible de ser sustituida, opera desde su condición operativa.

Este punto es fundamental a nuestra reflexión. El sujeto político no puede ser solamente pensado desde una eliminación de la contingencia, sino desde el uso de diversos modos hegemónicos por los cuales se establecen nuevas prácticas políticas reguladas. La alternativa de la izquierda en nuestro país da cuenta, desde una perspectiva sintomática, que la hegemonía política y el actuar de los sujetos no sólo remite a las prácticas propiamente dichas, sino que se encuentran los elementos universalizantes que producen al sujeto como una posición ante ese vacío llenado por ciertos significantes como pueden ser *austeridad*, *pueblo*, *intermediarios* e incluso el significante *fifi*.

El giro hacia lo discursivo es central para comprender este sujeto político en la 4T. No se trata sólo de que el sujeto elabore un discurso, sino cómo éste opera desde prácticas de designación (enunciado) y apropiación (enunciación) individual del universal. Judith Butler (2003:31) señala, desde una condición similar, “aunque al principio la universalidad denotaba lo que es idéntico a todos los seres humanos, ella pierde esa identidad como consecuencia de su negativa a hospedar a todos los seres humanos dentro de su esfera”. Una suerte de singularización, la cual sólo puede ser puesta en marcha por el terror a lo negativo que hace trastabillar al universal.

¿Quiénes entran en esa universalidad representada en la 4T?
¿Quiénes forman parte de esta esfera política, donde sólo importan

los que tienen la *dignidad* de responder a los alcances políticos de la izquierda hegemónica y profundamente administrativa? La universalidad, comenta Butler (2003:31), “no logra abarcar toda particularidad y, por el contrario, es construida sobre la base de una fundamental hostilidad a la particularidad, ella continúa siendo y animando la misma hostilidad por la cual es fundada”.

A la línea de apropiación discursiva, total y estructurada, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985:143-144) la definen como “práctica articuladora” cargada de “elementos” y en donde la contingencia reside en “especificar la identidad de sus elementos intervinientes al margen de las relaciones”. Las posiciones de sujeto localizadas en esa condición vacía, pero intensa, por las cuales podemos hablar de un lugar del sujeto, son esencialmente contingentes si ponemos el énfasis en las características singulares de los elementos que operan en toda la formación discursiva. La “formación discursiva” no es, desde la perspectiva de estos autores, “una totalidad suturada”. De esta manera, las prácticas identitarias y colectivas son, de algún modo, formas contingentes que marcan la imposibilidad del cierre de lo político y cuestionan e incluso suspenden toda forma de totalización de las prácticas universales del Estado. El sujeto de lo político es la marca que se posiciona y también es posicionado mediante un significante, de un modo sobredeterminado por la contingencia de los elementos que le articulan en su realidad política y que refundan nuevos antagonismos, como el de clase en el discurso de AMLO.

Finalmente, para cerrar este apartado, es importante hacer una breve referencia a la condición populista trabajada por Laclau, la cual puede permitirnos explorar un modo más visible de las condiciones de lo contingente y de las prácticas de hegemonía. No sólo por la condición a la que es reducida la carrera política de Andrés Manuel López Obrador, sino como una contrapartida fundamental para desmitificar esa condición política. Desde esta perspectiva, coincidimos con Laclau (2011:11) cuando señala que “el populismo es, simplemente, un modo de construir lo político” y añadiríamos, sin duda alguna, la fuerza de este modo político reside en lo colectivo y en la

condición del afecto como una política de goce en la disputa entre *fifis* y adherentes a la 4T.

El populismo como movimiento aglutinador del pueblo tiene dos aspectos trascendentales; según Laclau (2011:124), devienen de una “demanda” en “particular”, ése es su primer aspecto y, el segundo, “su propia particularidad comienza a significar algo muy diferente de sí misma”, cuando da paso a una “inscripción en la cadena” de significantes que aglutina las posiciones de sujeto. Esta cadena, la cual tiende a la universalidad es, sin lugar a dudas, un momento de lo político donde la forma de significación nunca se encuentra por completo obturada. Hablar en este sentido de populismo como prácticas que se inmiscuyen en la política, muestra un aspecto contingente del sujeto político, pues su identidad pende de significantes articulados en el *ground* político.

No se trata, desde nuestro punto de vista, de una significación y modos en los que se produce el sentido, sino de una singularidad contingente tendiente a la universalidad y que, por momentos específicos, la ocupa. De esta forma, al hablar de cadenas de significantes referimos también a modos de equivalencia, por los cuales el sujeto deviene pueblo. Aquello demandado a las condiciones de la administración de Estado tiene inexpugnablemente un vínculo con los modos de articulación contingente, por los cuales el sujeto produce un lazo en lo colectivo. En otras palabras, el vacío contingente que produce al sujeto y que cristaliza en lo universal es un modo de representar al sujeto mediante significantes que operan aleatoriamente, los cuales hacen que las prácticas regulatorias del Estado se vean complejizadas desde la fuerza del vacío. El sujeto desde su acción en el plano de lo político se encuentra demandado en sí mismo, pero la respuesta otorgada a esa demanda dependerá de las formas en las que sus afectos y su contingencia se posicionen ante las demandas de Estado.

La lógica política del populismo se debe, y obtiene su fuerza, de la diferencia de la negatividad resistente y contingencia. Por este motivo, cuando hablamos de posiciones de sujeto debemos, invariablemente, reflexionar en las formas de la articulación de la política para dar cuenta de un sujeto resistente y persuasivo. Por último, no queda

sino señalar el antagonismo, la contingencia y la negatividad como valores centrales en la acción política, los cuales ayudan a reflexionar sobre el complejo engranaje de la constitución de la política.

Discurso y hegemonía: modos de la política de izquierda en la 4T

Es significativo también pensar cómo en ciertos debates en la sociedad e incluso en determinadas esferas de las ciencias sociales se produce un singular desdén hacia los temas de lo político como contingencia. Se elude esta vertiente como si se tratara de conservar cierta pureza o remitir los acontecimientos a una neutralidad desde donde se construye aquello que referimos como sujeto, como si él no estuviera también constituido por lo político, como si lo sociopolítico no estuviera presente y se tratase de un simple devenir.

Este desdén obedece a una lógica de despolitización de la economía política como si el antagonismo entre clases ya no existiera, pues las diferencias incomodan y preferentemente son apartadas, la mirada se desvía como si de esa manera se eliminara la lucha de clases como asegura Žižek (2010). En efecto, una visión ideologizada de la sociedad funciona en amplios espectros y en sus consecuencias. En ese sentido, es preciso abordar la operación de un discurso hegemónico en las prácticas políticas del actual gobierno autoproclamado como una cuarta transformación (4T) y su forma productora de modalidades políticas.

Es importante atender a esta investidura, ya que “cualquier concepto ideológico de apariencia o alcance universal puede ser hegemónico por un contenido específico que acaba ‘ocupando’ esa universalidad y sosteniendo su eficacia” (Žižek, 2010:13). De ahí lo relevante de ostentarse como un acontecimiento histórico, aun antes de que suceda. Justamente por la condición histórica es que pensamos en estas funciones hegemónicas de modo hipotético o, más bien, señalamos el lugar de hegemonía que se le pretende dar a la 4T.

La lucha por la hegemonía ideológico-política es, desde luego, siempre una lucha por la apropiación de aquellos conceptos que son

vividios “espontáneamente” como apolíticos puesto que trascienden los confines de la política. Es decir, con AMLO, hablamos de una transformación que no se asume claramente desde un posicionamiento de izquierda, sino como un acontecimiento nacional. La disputa por la hegemonía se concentra ahora en el contenido particular capaz de imprimir un cambio a aquel significante, es decir, la cuarta transformación no sólo engloba a un grupo político a cargo de la administración pública, sino que en lo imaginario-ideológico involucra a todos los mexicanos en tanto que significante articulado mediante el opuesto entre *ffis* y lo popular. “Cualquier universalidad que pretenda ser hegemónica debe incorporar al menos dos componentes específicos: el contenido popular ‘auténtico’ y la deformación que del mismo producen las relaciones de dominación y explotación” (Žižek, 2010:19).

Sin embargo, para que opere el discurso hegemónico es necesario incorporar un elemento de reclamo auténtico. Se entiende de esta manera que la hegemonía ideológica:

no es tanto un contenido particular que venga a colmar el vacío del universal, como la forma de la universalidad ideológica recoja el conflicto entre (al menos) dos contenidos particulares: el “popular” que expresa los anhelos íntimos de la mayoría dominada, y el específico, que expresa los intereses de las fuerzas dominantes (Žižek, 2010:20).

He ahí la fortaleza de todos los significantes utilizados en la 4T como modos de articulación hegemónica que fueron propulsados por López Obrador desde sus campañas incluso de forma azarosa.¹¹

Para que una ideología se imponga, resulta decisiva la tensión en el interior de su contenido específico, entre los temas y motivos de los “oprimidos” y los de los “opresores”. Es preciso incorporar, asimismo, una serie de motivaciones legítimas de la clase trabajadora, los sectores populares en el otrora priismo oprimidos, es decir, se

¹¹ Conviene recordar en este punto que el término *ffis* fue dicho por AMLO en una reunión, previa a la transición, con el ahora expresidente Enrique Peña Nieto en Palacio Nacional.

crea una ambivalencia en la ideología en donde los elementos de izquierda son retomados para aparecer desde otro lado. Por lo tanto es oportuno comprender el concepto de hegemonía desde un sentido de estructura de la dominación ideológica. No obstante, es importante abordar las posibles tácticas a la estrategia ideológica, es decir, ¿hay posibilidad de interrumpir este mecanismo?

El conflicto político implica una tensión inextinguible, quizá permanente, entre el cuerpo social estructurado en donde cada parte tiene su función y su papel en la sociedad y la “otra” parte, “la parte sin parte, que desajusta ese orden en nombre de un vacío” (Žižek, 2010:26). Por esto, la contingencia y lo indecible son inherentes a lo político, aunque queden delimitados en las prácticas y alcances que el sistema político permita.

La verdadera política es la de lo imposible, que convoca a una ruptura entre lo universal y lo particular, “la paradoja de ocupar un *singulier universel*, de un singular que aparece ocupando el universal y desestabilizando el orden operativo ‘natural’ de las relaciones en el cuerpo social” (Žižek, 2010:26). Y es política la cual no termina de clausurarse por más intentos universalizantes del Estado, sea de la condición o inclinación que sea. Supone una identificación de la no parte con el universal, reclamo de un espacio en la estructura de lo social, un lugar de no lugar.

Es lo que Rancière llamará el *orden policial*, en donde cada cual tiene un espacio constituido, un emplazamiento delimitado. A veces el paso desde lo verdaderamente político a lo policial puede consistir tan sólo en sustituir un artículo determinado por otro indeterminado (Žižek, 2010:28). De modo adicional, conviene recurrir a Rancière (2007:29), para precisar que:

ser un miembro de la clase combatiente no quiere decir, en principio, sino esto: dejar de ser miembro de un orden inferior. Nombrar la oposición entre burgueses y proletarios equivale a establecer el lugar uno de una división polémica, para afirmar el no ha lugar de toda repartición no igualitaria.

Es ahí donde la clave de AMLO se torna interesante, que no desvanece la lucha de clases, más bien la *rearticula* con sus propios significantes y esto le concede legitimidad y orden estatal aunque no pierda ese orden policial, que en términos usados por Rancière (2010:45) quedan delimitados por un “*arjé*” que es “el nacimiento que comanda la relación entre autoridad y sumisión”.

Es preciso señalar que los esfuerzos de una política antidemocrática apuntan a la despolitización, a la negación de las diferencias, hacia una normalización innegociable, aunque esto se vislumbre de manera poco clara en la 4T. De este modo, coincidimos con Žižek (2010:27) en que “la verdadera lucha política no consiste en una discusión racional entre intereses múltiples, sino que es la lucha paralela por conseguir hacer oír la propia voz y que sea reconocida como la voz de un interlocutor legítimo”.

Lo político en su sentido griego se centra por lo tanto en la libertad, “comprendida negativamente como no ser dominado y no dominar, y positivamente como un espacio sólo establecible por muchos en que cada cual se mueva entre iguales. Sin tales otros que son mis iguales no hay libertad” (Arendt, citada en Cabrera, 2011).

La posibilidad de una política que escape de los discursos hegemónicos no puede abstraerse del reconocimiento, pero no de un reconocimiento partiendo de la política en tanto orden de lo gubernamental, sino en búsqueda de lo político en tanto su sentido de restitución. Lo político puede trastocar el interior de la política, lo que se busca es abrir

la posibilidad de examinar la acción política desde una lógica que reconoce su carácter contingente, en la medida en que contempla que la realización última de la sociedad como un todo es imposible, es decir, no existe fundamento último de la política (Cabrera, 2011:115).

En el acto político la emergencia de un sujeto político no pasa por la validación de las disidencias, no se trata de una política de lo posible, la cual entraría en el orden de las cosas, sino “aquello que modifica el contexto que determina el funcionamiento de las cosas”

(Žižek, 2010:34). No se trata de tolerar las diversas formas multiculturales, sino reinventar el propio espacio de lo público como condición de lo político, “politizar las distintas luchas particulares dejando intacto el proceso global del capital resulta sin duda insuficiente” (Žižek, 2010:73).

Queda hasta el momento la duda de si la cuarta transformación es un movimiento de izquierda. Aunque sabemos que las rearticulaciones y la fuerza de lo real acontecen, resulta difícil entenderla en un marco de izquierda, al menos si seguimos el posicionamiento del autor de *En defensa de la intolerancia*:

la izquierda simultáneamente acepta el carácter antagónico de la sociedad (no existe neutralidad, la lucha es constitutiva) y sigue siendo universalista (habla en nombre de la emancipación universal) para la izquierda la única manera de ser efectivamente universal es aceptando el carácter radicalmente antagónico (es decir, político) de la vida social, aceptando la necesidad de “tomar partido” (Žižek, 2010:76).

Se trata de una paradoja, un gesto que habrá de buscarse en el cuestionamiento del orden existente rastreando aquella parte, la cual siendo parte de la estructura, no tiene un espacio propio dentro del orden establecido. “El proceder de izquierdas reivindica enfáticamente (y se identifica con) el punto de excepción/exclusión, el ‘residuo’ propio del orden positivo concreto como el único punto de verdadera universalidad” (Žižek, 2010:77). De esta manera, las posibilidades de subversión a los discursos hegemónicos pasan por la identificación de lo universal con el punto de exclusión, no se trata de la idea de posibilidades multiculturales, de identidades sustanciales, se trata de “afirmar lo híbrido como lugar del universal” (Žižek, 2010:79).

Pensando, entonces, el lugar de izquierda como la identificación de lo universal con la exclusión, nos preguntamos: ¿Acaso “la cuarta transformación” responde a un movimiento de la izquierda? ¿O se trata de un discurso “progresista” que no es sino la forma de mantener un orden policial de *arjé* en el sentido de Rancière? En este mismo

tenor, ¿se trata de otra forma de mantener y perpetuar las estructuras de dominación y explotación que históricamente se han mantenido en este país?

Reflexiones finales

En este artículo intentamos comprender ciertas prácticas políticas del actual gobierno mexicano. Para esto recuperamos algunos conceptos de la sociología política, en torno al cambio social, a los procesos que van “de lo social a lo político”. También hicimos referencia al estado naciente, modo particular de la sociedad en tiempos de crisis políticas o económicas. En estos momentos históricos es producida una imaginación colectiva, la cual lleva a una revisión de las reglas y los valores, tal y como se venían dando en esa sociedad. Generalmente en el estado naciente se establece un lazo social alternativo sostenido en la solidaridad y la reciprocidad.

Asimismo, hemos realizado una minuciosa lectura de la conformación de la política desde la perspectiva de la filosofía política, destacando la presencia de los antagonismos con la operatoria de lo negativo y la contingencia, elementos presentes en la constitución de la política, lo cual nos arrima a pensar en la imposibilidad de la inclusión de todos, lo imposible de la universalidad de las políticas estatales. El antagonismo y la contingencia nos llevan a pensar en la demarcación que se establece cuando se alude al “pueblo mexicano”: ¿quiénes conforman este pueblo? ¿Quiénes son reconocidos en su pertenencia y quiénes no? ¿Cuáles son las figuras que se enuncian y reconocen en el pueblo mexicano? Y pensamos en la contingencia, dado que estos límites y demarcaciones no son siempre los mismos.

Una rápida revisión del actual gobierno de AMLO nos muestra el funcionamiento de los antagonismos en términos de *fifis* y quienes adhieren con el pueblo; quienes no quieren ceder sus beneficios y privilegios, y aquellos que sostienen una vida austera con base en valores solidarios. También nos muestra la contingencia en otras de-

marcaciones; por ejemplo, mientras en la campaña presidencial las víctimas y los derechos humanos eran actores y valores a enaltecer, ya en el gobierno con la presión de Estados Unidos por la migración, fuerzas militares pasaron a ser los aliados del gobierno con el despliegue de la Guardia Nacional.

La discusión sobre la conformación de la política en la 4T de AMLO tomó otra connotación con el discurso e ideología hegemónicos en términos de la relación de los oprimidos y opresores, así como del lugar de la izquierda en la política. Esta discusión rescata una problemática central para el presente gobierno, la cual se resume en los interrogantes finales del último apartado que retomamos para estas reflexiones finales. Preguntas sin respuestas únicas y contundentes cuyo fin es mover a la reflexión y señalar las contradicciones en el actual gobierno, así como también sus desafíos.

¿Acaso la “cuarta transformación” responde a un lugar de la izquierda en la política? ¿O se trata de un discurso “progresista” que no es sino la forma de mantener un orden policial?

Referencias

- Alberoni, Francesco (1984), *Movimiento e institución*, Editora Nacional, Madrid.
- Badiou, Alain (2002), *Condiciones*, Siglo XXI, México.
- Blanco, Ana Belén y María Soledad Sánchez (2018), “El capitalismo tardío como economía política del goce. Aportes de la teoría social lacaniana para su análisis crítico”, *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, vol. 9, núm. 1, pp. 26-45.
- Bobbio, Norberto (1989), *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, FCE, México.
- Bobes, Cecilia (2000), “A manera de prólogo”, en Cecilia Bobes, *Los laberintos de la imaginación. Repertorio simbólico, identidades y actores del cambio social en Cuba*, El Colegio de México, México, pp. 9-14.
- Bolívar Meza, Rosendo (2013), “El PRD y sus problemas organizativos: liderazgos, grupos y elecciones internas”, en Jorge Cadena Roa y Miguel

- Armando López Leyva, *El PRD: orígenes, itinerario, retos*, UNAM, México, pp. 259-310.
- Bolívar Meza, Rosendo (2014), “Morena: el partido del lopezobradorismo”, *Polis*, vol. 10, núm. 2, pp. 71-103.
- Butler, Judith (2003), “Replantear el universal: la hegemonía y los límites del formalismo”, en Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, FCE, México, pp. 19-50.
- Butler, Judith (2017), *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*, Paidós, Barcelona.
- Cabrera, Raúl (2011), “Consenso, disenso, comunidad y acción política”, *Tramas*, núm. 34, pp. 113-139.
- Cohen, Jean y Andrew Arato (2000), *Sociedad civil y teoría política*, FCE, México.
- Delgado, Rafael y Valeria Falletti (2018), “Intervención y espacio público. Prácticas cotidianas en la Ciudad de México”, *Revista Argumentos*, núm. 88, pp. 73-91.
- Dolar, Mladen (2017), *Uno se divide en dos. Más allá de la interpelación*, Paradiso, México.
- Dussel, Enrique (2007), *Cinco tesis sobre el populismo*, UAM-Iztapalapa, México.
- Esposito, Roberto (2012), *Diez pensamientos acerca de la política*, FCE, Buenos Aires.
- Falletti, Valeria (2012), *Movilización y protesta de las clases medias argentinas. Cacerolazo y asambleas barriales*, UAM-Xochimilco/UNAM-CEIICH/Clacso, México.
- Falletti, Valeria (2015), “Los dispositivos grupales y su uso pedagógico. Una reflexión sobre el Grupo Operativo y la Multiplicación Dramática”, *Enseñanza e Investigación en Psicología*, vol. 20, núm. 2, pp. 196-205.
- Foucault, Michel (2001), *Defender la sociedad*, FCE, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1992 [1930]), “El malestar en la cultura”, en *Obras completas*, vol. XXI, Amorrortu, Buenos Aires.
- Germani, Gino (1970), *Sociología de la modernización*, Paidós, Buenos Aires.
- González Casanova, Pablo (1975), *La democracia en México*, ERA, México.

- Hegel, George Wilhelm Friedrich (1968), *Filosofía del derecho*, Claridad, Buenos Aires.
- Juárez Gámiz, Julio (2013), “La izquierda y sus fragmentaciones”, en Jorge Cadena Roa y Miguel Armando López Leyva, *El PRD: orígenes, itinerario, retos*, UNAM, México, pp. 311-318.
- Lacan, Jacques (1993 [1977]), *Psicoanálisis, radiofonía y televisión*, Anagrama, Barcelona.
- Lacan, Jacques (2008 [1968]), *El Seminario, Libro XVI. De un Otro al otro*, Paidós, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2011), *La razón populista*, FCE, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1985), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, FCE, Buenos Aires.
- Lechner, Norbert (1987), *Cultura política y democratización*, Clacso, Chile.
- Maffesoli, Michel (2004), *El tiempo de las tribus*, Siglo XXI, México.
- Manero, Roberto, Valeria Falletti y Fernando García Masip (2013), “Es la última clase.... tengo que llegar temprano. Experiencias grupales en el sistema de enseñanza modular de la licenciatura en Psicología de la UAM-X, Parte I”, *Revista Área 3. Cuadernos de temas grupales e institucionales*, núm. 17, pp. 1-32.
- Manero, Roberto, Valeria Falletti y Fernando García Masip (2014), “Es la última clase.... tengo que llegar temprano. Experiencias grupales en el sistema de enseñanza modular de la licenciatura en Psicología de la UAM-X, Parte II”, *Revista Área 3. Cuadernos de temas grupales e institucionales*, núm. 18, pp. 1-33.
- Marcone, Julieta (2002), “El concepto de lo político en Hegel”, en Gerardo Ávalos, *Redefinir lo político*, UAM-Xochimilco, México, pp. 99-127.
- Marchart, Oliver (2009), *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, FCE, Buenos Aires.
- Mouffe, Chantal (2014), *Agonística. Pensar el mundo políticamente*, FCE, Buenos Aires.
- Nassif, Alberto (2019), “Los humores del presidente”, *El Universal*, 30 de julio.
- Nietzsche, Friedrich (1972), *Genealogía de la moral*, Alianza, Madrid.
- Olvera Rivera, Alberto (1996), “El concepto de sociedad civil en una perspectiva habermasiana”, *Sociedad Civil*, vol. 1, núm. 1, pp. 31-44.

- Panniza, Francisco (2005), *Populism and the Mirror of Democracy*, Verso, Londres.
- Rancière, Jacques (2007), *En los bordes de lo político*, Universidad ARCIS, Santiago de Chile.
- Rancière, Jacques (2010), *Momentos políticos*, Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Rendón Corona, Armando (2004), “Porto Alegre, un modelo de presupuesto participativo”, *Revista Polis*, vol. 1, núm 4, pp. 9-36.
- Schmitt, Carl (1991), *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid.
- Svampa, Maristela (2003), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Valentini, Georgette (2018), “¿Qué significa la ‘Cuarta transformación’ de AMLO?”, *News cultura colectiva*, 2 de julio.
- Žižek, Slavoj (1992), *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México.
- Žižek, Slavoj (1998), *Porque no saben lo que hacen. El goce como factor político*, Paidós, Buenos Aires.
- Žižek, Slavoj (2010), *En defensa de la intolerancia*, Pensamiento Crítico, México.
- Žižek, Slavoj (2011), *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Paidós, Buenos Aires.
- Žižek, Slavoj (2016), *La permanencia en lo negativo*, Ediciones Godot, Buenos Aires.

Fuentes digitales

- Conferencia matutina de AMLO, 26 de marzo de 2019, [archivo de video], [<https://www.youtube.com/watch?v=Ei50Xs36eoM&t=3100s>].

Fecha de recepción: 12/08/19
 Fecha de aceptación: 31/10/19